

Cesare Pavese

LA VIÑA

Versión de Rodolfo Alonso

Una viña que se alza sobre el dorso de una colina hasta incidir en el cielo, es una visión familiar, y sin embargo las cortinas de las hileras simples y profundas parecen una puerta mágica. Debajo de las vides hay tierra roja roturada, las hojas esconden tesoros, y más allá de las hojas está el cielo. Es un cielo siempre tierno y maduro, donde no faltan —tesoro y viña también ellas— las nubes compactas de setiembre. Todo eso es familiar y remoto —infantil, para decirlo brevemente—, pero sacude cada vez, como si fuese un mundo.

La visión se acompaña con la sospecha de que éstos no son sino los bastidores de una escena fabulosa en espera de un evento que ni el recuerdo ni la fantasía conocen. Algo inaudito ha sucedido o sucederá sobre este teatro. Basta pensar en las horas de la noche, o del crepúsculo, cuando la viña no cae bajo los ojos y se sabe que se distiende bajo el cielo, siempre igual y recogida. Se diría que nadie ha caminado nunca allí, y sin embargo hay quien la trabaja sarmiento a sarmiento y en la vendimia está toda alegre de voces y de pasos. Pero después se va, y es como una habitación en la cual desde hace tiempo no entra nadie y la ventana está abierta al cielo. El día y la noche reinan allí; a veces está fresco y cubierto —es la lluvia—, nada cambia en la habitación, y el tiempo no pasa. Ni siquiera sobre la viña el tiempo pasa; su estación es setiembre y vuelve siempre, y parece eterna. Solamente un muchacho la conoce realmente; han pasado los años, pero frente a la viña el hombre adulto .contemplándola reencuentra al muchacho. La sospecha de aquello que debe —que ha debido— suceder, la mantiene la misma y resucita en el recuerdo la infancia. Pero nada ha sucedido realmente y el muchacho no sabría esperar eso que ahora escapa también al recuerdo. Y lo que no sucede en un principio no puede suceder ya más.

*El tiempo,
los recuerdos, la geografía.
Una foto uníto
clave para adentrarse
en la poesía de
Pavese.*

Si no ha sido quizá justamente esta inmovilidad la que encantó a la viña. Un sendero la atraviesa hacia arriba, dividiendo las hileras y recortando una puerta sobre el cielo vecino. El muchacho subía por estos senderos, subía y no pensaba en recordar; no sabía que el instante iba a durar como un germen y que un ansia de aferrarlo y conocerlo a fondo lo iba a dilatar en el porvenir más allá del tiempo. Quizá este instante estaba hecho de nada, pero en eso estaba justamente su porvenir. Una simple y profunda nada, no recordada porque no valía la pena, distendida en los días y después perdida, vuelve a aflorar frente al sendero, a la viña, y se descubre infantil, más allá de las cosas y del tiempo, como era entonces cuando el tiempo para el muchacho no existía. Y ahora algo ha ocurrido de veras. Ha ocurrido hace un instante, es el instante mismo: el hombre y el muchacho se encuentran y saben y se dicen que el tiempo se ha esfumado.

El hombre piensa estas cosas contemplando la viña. Y toda la acumulación, la lenta riqueza de recuerdos de toda suerte, no es nada frente a la certeza de este éxtasis inmemorial. Hay cielos y plantas, y estaciones y retornos, reencuentros y dulzuras, pero esto es solamente pasado que la vida vuelve a plasmar como juegos de nubes. La viña está hecha también de esto, una miel del alma, y algo en su horizonte abre plausibles vistas de nostalgia y de esperanza. Insólitos sucesos pueden ocurrir allí que la sola fantasía suscita, pero no el evento que subyace a todos y a todos va a abolir: la desaparición del tiempo. Esto no ocurre, es; más, es la viña misma.

Frente al sendero que sube al horizonte, el hombre no se vuelve muchacho: es muchacho. Por un instante, en el cual logra hacer callar todo recuerdo, se encuentra dentro de los ojos la viña inmóvil, instintiva, inmutable, la que siempre ha sabido que tenía en el corazón. Y no sucede nada, porque nada puede suceder que sea más vasto que esta presencia. No sucede ni siquiera que se detenga frente a la viña y reconozca sus trazos familiares e inauditos. Basta el instante del encuentro y ya el muchacho y el hombre adulto han comenzado su diálogo que, rico de días, desde un principio no cambia.

